

UTOPIA DE UNA ARQUITECTURA FUNCIONAL BELLAMENTE JUSTICIALISTA

María Rosa Palazón Mayoral



Arq. Alberto T. Arai

Artes funcionales contra bellas artes

Desde tiempos perdidos en la memoria histórica, las artes plásticas y la arquitectura sirvieron para la ostentación de los dominadores, económicos e ideológicos; los amos, a decir de Hegel. Con este ardid se calificó a los individuos en de buen y mal gusto, en ricos que invierten su tiempo libre en elevar su sensibilidad y en pobres incultos que sólo trabajan, llamados peyorativamente durante siglos, artesanos. El arquitecto y filósofo mexicano Alberto Teruo Arai (1915-1959) llama “artesanos” a los que desde el siglo XVIII se llamaron artistas o genios de las bellas artes. Alrededor de la Primera Guerra Mundial, esta actitud elitista fue objetada por el Grupo Productivista que, en 1920, negó la perspectiva de quienes Arai llamó “inauténticos”, enmascarados que engañan a la mente ingenua de los “esclavos”, es decir, quienes le atribuyen al poderoso la humanidad que se niega a sí misma. El lema de Rodchenko y Stépanova fue: “Abajo el arte, viva la técnica”¹. Por su lado, la Bauhaus propuso el modo de producción colectiva, al servicio de la vida social, y una libertad irrestricta de experimentación, orientada a levantar el edificio del futuro que subiría al cielo gracias a las manos trabajadoras.

¹ “Manifiesto del Grupo Productivista” (1920), *Estética y marxismo II*, Adolfo Sánchez Vázquez (presentación y selección), México, Editorial Era, 1970, p. 205.



Frontones. Ciudad Universitaria



Frontones. Ciudad Universitaria

¿La arquitectura es arte y técnica?

La respuesta es afirmativa si la definimos como una mezcla de funciones donde las prácticas, a saber, las técnicas, ocupan un lugar preeminente y la función estética o placentera es un agregado, infaltable, pero agregado a fin de cuentas, según se intuye en la conferencia que hoy nos reúne, titulada *La nueva arquitectura y las técnicas*,² leída por Arai en 1937 en la antinazi Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR). Es un texto admirable porque se inscribe en el intento de socializar la arquitectura al grito de ¡viva la técnica! Las artes son, después de todo, *techné*, un quehacer social que, hace mucho tiempo, se le pensó conforme a la democratización. Eran tiempos del presidente Lázaro Cárdenas y de Narciso Bassols como

² Alberto T. Arai, *La nueva arquitectura y la técnica* (1938), Facsimil. Xavier Guzmán Urbiola (presentación), Ramón Vargas Salguero (prólogo), México, CONACULTA/INBA, 2006.



Frontón. Ciudad Universitaria

secretario de Educación Pública; éste se propuso forjar una educación socialista. Alberto Arai militaba en la Doctrina Socialista de la Arquitectura, esto es, colectiva, igualitaria, cómoda y hermosa, allende las firmas o valor agregado que aportaban y aportan los constructores.

Ramón Vargas, el recopilador, en su prólogo escribe que Arai y Juan O’Gorman, entre otros, bucearon en las causas últimas: frente al crecimiento demográfico de una organización abierta, que intercambia materia y energía con el medio, no podía desperdiciarse un metro de terreno, tampoco un peso ni un “rayito de sol”, indicaba Bassols (Vargas: VII). La célula fecundante de su quehacer sería la arquitectura técnica, interior, contrapuesta a la “artística”, es decir, ostentosa, característica de las mansiones que habitan los potentados: el objetivo era democratizar las edificaciones, hacer un arte que cumple con las necesidades básicas de la persona y las comunidades: las demás edificaciones quedarían como huellas del pasado.

El método holista o sistémico

Posiblemente una de las facetas más relevantes de esta conferencia es que asume el actual y aún en ciernes paradigma metodológico, a saber, el *holista* o sistémico: las



Frontón. Ciudad Universitaria

funciones deben estar integradas en el organismo estructurado e “insustituible”, aprecia el joven Arai. Espada en ristre combatió por una suerte de “arquitectura integral”. Llamó “orden” a la dialéctica arquitectónica, un “hilo o cinta perimetral que delimita el alcance técnico de la arquitectura [...] es un concepto que integra su ser con relación a cada una de sus partes. La aplicación concreta del orden a un caso particular se llama composición”³. El lugar que se habita a veces es el hogar funcional; debe cumplir entre otros fines con la comodidad, la higiene, la estabilidad... y expresar un principio de configuración que distingue la arquitectura de la pintura y las esculturas de paisaje. Asentada en la matemática, esta actividad *medura y calcula las formas geométricas hasta integrar un todo de partes interdependientes de manera tal que si se altera una parte, se altera el todo. Las técnicas constituyen, pues, una estructura homogénea. Dentro del método sistémico, la técnica, u*



Frontón. Ciudad Universitaria

operaciones prácticas para obtener unos fines, se jerarquizan en generales y particulares, siempre complementarias. Cada técnica, además, ocupa un lugar dentro de técnicas más amplias: una casa en un poblado, por ejemplo.

La modernidad, el inventor y el arquitecto

El inventor, se lee (Arai piensa en el ingeniero), crea aparatos para un uso. Si antes como artesano lo hacía todo, ahora el ingeniero requiere de operarios que han de ajustarse a sus planes, y, en la actualidad, aprenderlos, porque los valores de uso de las máquinas no son explícitos: nos hallamos, califica Arai, en la era del “cientificismo”. El arquitecto, en cambio, parte de un programa constructivo funcional, ausente en el inventor (no se confunda con un creador porque el arquitecto sí lo es); también requiere operarios o mano de obra: ha llegado la especialización y el modo de producción colectiva, alejado de los tiempos del artesano que cargaba con el peso del obrar en toda su amplitud.

³ Ibidem, p. 14.



Jardín de niños. Ixtapa, Chiapas

La arquitectura técnica, arraigada en el espacio-tiempo, Arai piensa que ha de resolver las necesidades con gran conocimiento; sea el caso de una estación de ferrocarril: el proyectista ha de idear su forma, saber el número de pasajeros y de trenes que pasarán por ahí, la comodidad de todos, dónde se ubica el equipaje, cómo serán los lugares de espera, las taquillas, y... saber cualitativo aunado al cuantitativo, antes citado. El arquitecto construye edificios funcionales, sin que invente los usos de su creación. En las circunstancias que se vivían entonces, un verdadero “cataclismo histórico”, en apreciaciones de Alberto Arai, se requería una creatividad no sólo utilitaria, sino conforme a la justicia distributiva, tesis que conserva su actualidad, piensa Ramón Vargas. Naturalmente que esta novedosa arquitectura, que se expandía por el mundo como mancha de aceite, aunque en México era bastante desconocida, no innovó todas las técnicas, sino que adaptaba lo informativo o novedoso con lo redundante o sabido que cumple funciones no desechadas, aclara el arquitecto socialista.

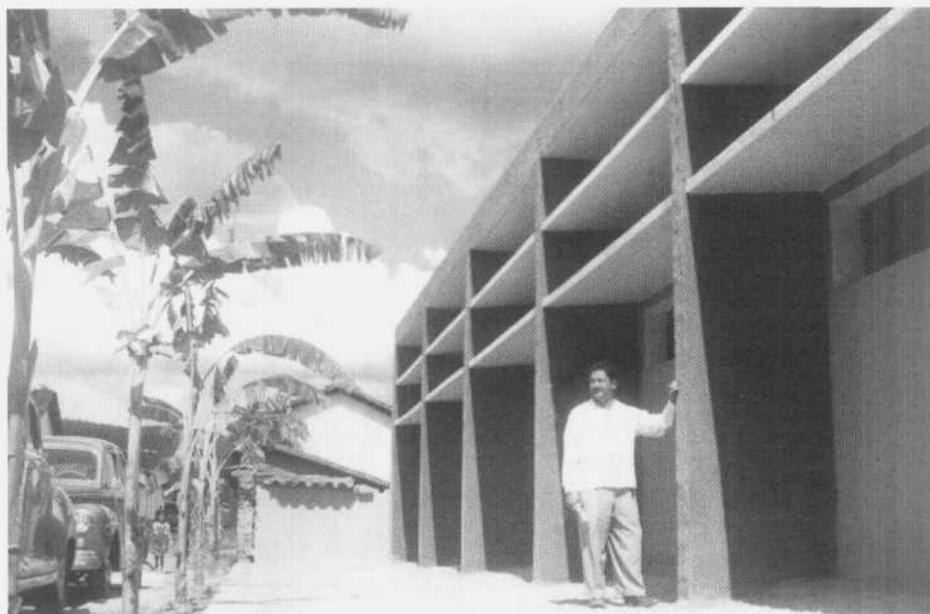
Arai caracteriza la técnica por: qué es, cómo es el sujeto de un cronotopo que la usa y cuál es la técnica apropiada a cada una de las circunstancias. El tecnicismo arquitectónico, faceta intelectual, se plasma en los proyectos, continúa diciendo. Atribuye un significado elástico a la palabra “técnica”, que en algunos de sus párrafos significa los procedimientos interrelacionados en un resultado compuesto de partes estructuradas que se integran a un *holon* mayor (de nueva cuenta este paradigma asoma las narices entre positivistas).

⁴ Ibid., p. 16.

⁵ Ibid., p. 20.

Los materiales con que obra el arquitecto y las técnicas de que echa mano al afectarse entre sí, afectan a la humanidad. Así, los medios utilizados para obtener la estabilidad no han de opacar la voluntad de distribución de los usuarios. En el siglo XX, sostiene Arai, la forma y las apariencias de los edificios han de esconder aparatos mecánicos y hasta la red de comunicaciones a distancia (así llama Alberto Arai al teléfono). Las técnicas son múltiples, dependiendo de las funciones que se esperan de la obra: las hay para la luminosidad, la acústica, para la visibilidad..., y piénsese en cuántas requieren las industrias, las plantas eléctricas, las contaminantes fábricas de cemento y las fundidoras de acero. Las técnicas principales o “generadoras” de la construcción se complementan con las ejecutoras, cuando el proyecto afina detalles para alcanzar la “energía arquitectónica”⁴. Esto quiere decir que, pese a planeaciones asaz minuciosas, la obra termina cuando se entrega definitivamente al usuario.

Las técnicas que operan en la vida humana responden a funciones sociales y psico-biológicas permanentes o continuas y secundarias o periódicas. Huelga decir que las biológicas, en primera instancia, y las continuas, en general, tienen prioridad. No obstante, la “arquitectura integral” las abarca a todas en mutua compenetración. “Integridad [...] es sumisión dialéctica de unas partes a otras en un punto de vista superior: la nueva arquitectura como técnica”⁵. La que trabaja para las personas como unidades intransferibles, si bien comparten deseos, problemas y necesidades, hecho que propicia identidades e identificaciones. El arquitecto tiene encomendado satisfacerlas, teniendo en cuenta que también resguarda el entorno natural. La satisfacción de lo individual y lo colectivo no son semejantes. Pero la ética del arquitecto ha de escindir las necesidades auténticas y despreciar la



Primaria. Cintalapa, Chiapas

prepotencia de los adinerados empresarios y políticos. Desde el ángulo comunitario, el altero de técnicas y sub-técnicas tienen consecuencias buenas o son perjudiciales; por ejemplo, algunas son etnocidas o asesinas por razones económicas; otras favorecen las discriminaciones clasistas, genéricas y demás. Otras, en cambio, fortalecen la noción de sociedad hermanada.

La cima de la arquitectura es el urbanismo nacional (sin que Arai olvide el ruralismo de los estados). Es una super-distribución que conjunta armónicamente asuntos subjetivos y de la colectividad. Es un orden que Arai compara con un huevo: la casa es el cascarón de cada quien; la ciudad es la envoltura que posibilita las relaciones interindividuales o sociales. La colectividad se desenvuelve multitudinariamente en sus respectivas organizaciones: la escuela, la fábrica, donde asisten individuos diferenciados por la división del trabajo o los papeles que desempeñan. Ésta es la manifestación cualitativa del urbanismo. También la multitud que actúa junta requiere de los cálculos cuantitativos del arquitecto que programa. Arai no olvida las muchedumbres que se comportan al unísono, como sujetos aglomerados que provisionalmente hacen lo mismo. Otra cosa, dice, es la función de sujetos distintos que se complementan en la tarea del bienestar común. El individuo auténtico se guía por la libertad individual, y su conjunto por la ley y la justicia o reciprocidad. La ciudad ha de tener albergues destinados a las personas que se coordinan en sus funciones. El horror sería la multitud improvisada e idéntica: el urbanismo ha de cuidar la individualización social para que no favorezca a la humanidad como manada. Existe también la función de la multitud que controla el orden social que dirige el Estado. En resumen: el esquema triangular de funciones abarca el orden social, donde son posibles las funciones también secundarias o improvisadas de la multitud: el urbanismo ha de abrir lugares de recreo y descanso, y para los deportes, espectáculos y las diversiones.

Al urbanismo le corresponde la clasificación de las zonas citadinas con su clasificación de edificios públicos indispensables y dispensables; asimismo distribuye el espacio en artificial o infraestructura para permanecer y circular, y de recreación. Prioridad tienen las funciones reglamentadas o sitios oficiales: para la educación pública y la salud o dispensarios, y los tribunales, las estaciones de camiones y tranvías... En suma, la arquitectura que vislumbra Arai es una técnica rigurosa que opera sobre la materia física y sólo la técnica que afecta al ser humano para transformarlo en un ser completo, íntegro, socializado: “la arquitectura será funcional en la medida que permita la realización normada de los actos psico-biológicos del hombre”⁶. La cúspide de la arquitectura técnica es el urbanismo que crea recintos para una organización humana armónica con sus funciones

colectivas, sean improvisadas o reglamentadas. Si esto es así, el urbanismo estructura la ciudad sobre el esquema de las conductas artificiales y naturales, y clasifica los géneros de edificios según sus usos imprescindibles y derivadamente superfluos.

Arquitectura mexicana

Arai tuvo el prurito de mexicanizar la arquitectura. ¿Cómo hacerlo? Eliminando la arquitectura transterrada que opera en contra de la comodidad y de la higiene, o ilógica; por ejemplo, los vidrios polarizados para oficinas ubicadas donde brilla un sol espléndido. La edificación adaptada habría de conservar las tradiciones que nos hermanan y el *ethos* local en tal dirección, no las prácticas constructivas antidemocráticas o eclécticas. Forzosamente, la arquitectura sería moderna, austera y funcional; pero, ¿cómo nacionalizar una moda universal? Arai contesta: hemos de “luchar por una arquitectura mexicana total, rigurosamente técnica, nacida de la realidad, plenariamente social, económica, impersonal, cuya influencia se infiltre a través de la vida humana, agrícola e industrial del territorio por medio de un mapa regidor de urbanismo nacional. Una doctrina en el sentido de realizar una arquitectura del Estado, es el eje vertebral de las nuevas aspiraciones técnicas de los arquitectos jóvenes de México”⁷. Desde la historia efectual imagino la conmoción que sufriría Alberto T. Arai en estos años distantes del Estado benefactor; en esta era de las denigrantes “casas de interés social” construidas a voluntad de inversionistas y contratistas; época de oficinas laberínticas; ¿cómo reaccionaría frente a esta sociedad enajenada en lo superficial y anestesiada frente al desecho, así como frente a las aglomeraciones de esta megalópolis caótica? Sí, Alberto, las exigencias del bienestar ahora son apremiantes. La duración, la estabilidad, la resistencia, la comodidad y hasta el placer físico y estético, no están a la orden del día. Ecocidio, desigualdad, diseño *kitsch* y antidemocracia son los resultados aterrantes y nunca deseados que llevan a cabo algunos que actualmente se proclaman continuadores de aquella utopía, que, con sus ajustes, por ejemplo en los ocasionalmente ambiguos significados de las palabras “técnica” y “función”, conserva su vigencia. Termino agradeciendo la labor empeñosa de Ramón Vargas; alabo su fidelidad al joven idealista Alberto Teruo Arai, y sus propias inquietudes históricas y filosóficas. También agradezco a Xavier Guzmán Urbiola. He aprendido algo de antropología filosófica, de filosofía política, de estética y de los ideales aún vigentes en un mundo neoliberal en guerra permanente, en crisis, donde la mayoría somos víctimas de un sector financiero implacable que, tras sus disfraces, ha olvidado que, en el fondo, todavía muchos aspiramos al hombre nuevo, al integral, al comunitario. ☐

Fotos: Archivo DACPAL INBA.

María Rosa Palazón Mayoral. Filósofa mexicana, crítica de arte. Es profesora e investigadora del Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

⁶ Ibid., p. 24.

⁷ Ibid., p. 25.